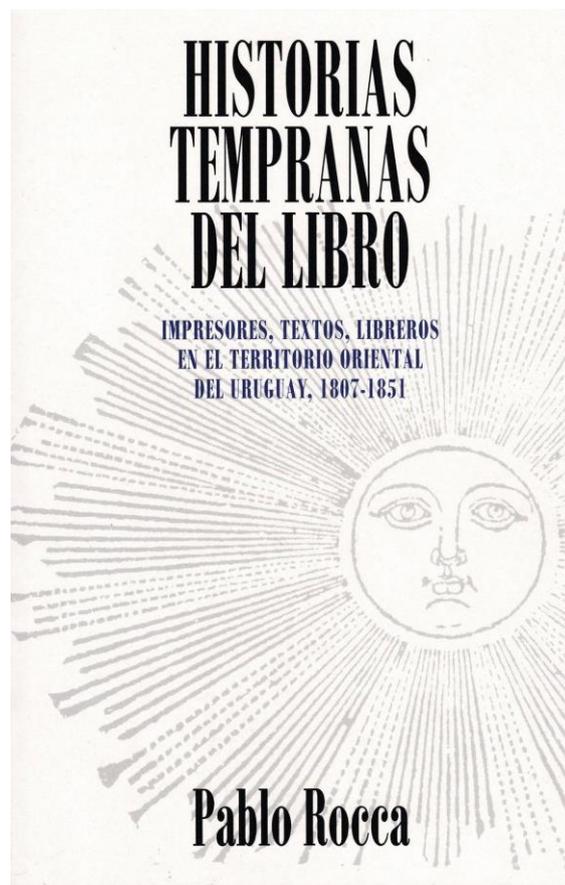


Una historia de los primeros impresos en el Uruguay¹

Alejandro Ferrari²

Pablo Rocca. *Historias tempranas del libro: Impresores, textos, librerías en el territorio oriental del Uruguay- 1807-1851*.
Montevideo, Linardi y Risso, 416 pp.



La reciente obra del académico Pablo Rocca, fruto de una investigación de más de una década, viene a llenar un vacío y descubrir un universo que hasta ahora apenas habíamos vislumbrado, el de la historia de la cultura escrita –señaladamente la producción de

¹ Una versión previa de esta reseña fue publicada en *El País*, Montevideo, 24 de julio de 2022.

² Alejandro Ferrari es investigador, editor y docente. Baccalaureatus (1993) y Licenciatus en Teología por la Pontificia Università Gregoriana, Roma 1997 y egresado del curso de Guion en la Escuela de Cine del Uruguay (2001). Realiza el doctorado en Romanística en la Bergischen Universität Wuppertal, Alemania, donde es investigador asociado del proyecto Horacio Quiroga y el Cine. Recientemente editó *Si, soy uruguayo, pero...* de Juan José de Soiza Reilly, *Textos políticos, extraviados & dispersos* de Horacio Quiroga con prólogo de Horacio Tarcus y *El palimpsesto intencionado: el proyecto literario de Felisberto Hernández* de María del Carmen González.

publicaciones, de las imprentas que las manufacturaron y del universo laboral y creativo a su alrededor—.

Una mirada a los acervos donde abrevó el investigador brinda la conclusión de estar, antes que nada, ante un estudio histórico.

Su autor, conocido por su larguísima trayectoria como investigador, profesor, editor y crítico especialmente de literatura uruguaya y brasileña, se introduce en un lapso que pasa desapercibido casi por completo en la historia de la literatura uruguaya.

El período estudiado va de 1807, año del ingreso de la primera imprenta al territorio, hasta 1851, final de la llamada Guerra Grande; poco más de cuarenta años donde se suceden distintas configuraciones administrativas y políticas: la tardía colonización española y su declive; la revolución artiguista con la creación de la provincia oriental; la invasión y provincia Cisplatina luso-brasileña; las luchas por la Independencia, la primera y tambaleante República y la Guerra Grande. Ante tanta variedad el autor elige como término aglutinante el de territorio, al que le agrega el ingenioso “oriental del Uruguay”, para mostrar cómo el fenómeno de los impresos también navegó a través de estas sucesivas oscilaciones.

Los precarios impresos en esta época fueron necesarios y requerían máquinas, personas e insumos, que fueron escasos; y más allá de la papelería oficial (boletas, decretos, hojas comerciales e invitaciones) resultaron imprescindibles culturalmente, comenzando por el desarrollo del periodismo y continuando con la difusión de la poesía y la narrativa.

El libro va mostrando, también, diversos tópicos que, aunque en un segundo plano, intervinieron definitivamente en el desarrollo de los impresos: la educación versus el analfabetismo, la presencia masiva de la poesía, la gauchesca, la aparición de la novela

o la enseñanza de las lenguas extranjeras, hasta el lugar que tuvo la imagen como propaganda política.

Algunos antecedentes remotos y cercanos del análisis de estas cuestiones son considerados por el autor, como los aportes capitales del jesuita argentino Guillermo Furlong en su monumental obra *Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses, 1700-1850*, la presencia como actor e informante del diplomático Andrés Lamas y los aportes del historiador Juan E. Pivel Devoto.

La primera imprenta ingresa al territorio en 1807 con ocasión de las Invasiones Inglesas. En su efímero ejercicio, la Imprenta de la Estrella del Sur, llegó a imprimir, más allá de alguna documentación oficial, los siete números del periódico bilingüe *The Southern Star* o *La Estrella del Sur*, que tenía cuatro páginas y salía los sábados.

Más allá de patentes errores de traducción y tipografía, ya entonces los tipógrafos fueron conscientes de la lengua castellana e incorporaron la ñ a los tipos móviles. Tras esta fugaz presencia —y al vaivén de la coyuntura— se van sucediendo distintos emprendimientos, como la Imprenta de la Ciudad de Montevideo (o Imprenta de la Carlota) en 1810, que imprimía la *Gazeta de Montevideo*, la Imprenta del gobierno oriental en 1815, la Imprenta del Cabildo en 1818, las de Francisco de Paula y Pérez y de Manuel de Torres en 1822, la Imprenta del Estado en 1823 o la Imprenta de la Caridad en 1825.

Una singular historia es la contada en el capítulo “Letras y censura en la Cisplatina: Los Ayllones y Cía (1821-1825)”, que recuerda la presencia en Montevideo de los hermanos Ayllón (José Rosendo, fundidor de tipos móviles y Valentín, relojero) originarios del Alto Perú, que llegaron en enero de 1821 provenientes de Buenos Aires.

A pocos días de desembarcar, José Rosendo fabrica un nuevo tipo de letra para el sistema de la escuela lancasteriana y, pocos meses después, los hermanos fueron contratados por el Cabildo para refundar las letras que tenía la prensa.

Junto a la labor tipográfica, ingresaron en el negocio de la imprenta, fundando la “Imprenta de los Ayllones y compañía”, donde a la par de la calidad de los implementos tipográficos, incorporaron el cuidado de los manuscritos, así como la corrección de “los impresos en cuanto a puntuación, gramática y ortografía”, siendo quienes inauguraron el oficio del corrector de estilo en Montevideo. La imprenta, que casi monopolizó el exiguo mercado entre julio de 1823 y de 1824, tiró periódicos, folletos, papelería oficial, hojas comerciales, experimentando aceleradamente la prosperidad, la caída y una amarga supervivencia.

Amparados en la ley portuguesa de imprenta de 1821, que anulaba la censura previa de los manuscritos, los Ayllones, quizás más compenetrados por sus ideas liberales que por sus necesidades materiales, especula el autor, realizaron un plan editorial que incluía diversas obras periodísticas y poético-políticas y que, a la postre, les causaría problemas.

Merece subrayarse una singular pieza: el folleto *La Plutónica. Oda dirigida a Plutón*, el primer poema más extenso en publicación unitaria realizado hasta ese momento en Montevideo (ocho páginas de 92 x 156mm). Es un texto no considerado, hasta ahora, en las historias de la literatura uruguaya y que Rocca se encarga de recuperar y analizar, mostrando la destreza técnica, cultura clásica y conocimiento de la historia española que poseía su anónimo autor. Esta publicación fue sancionada por su infracción a la Ley de Imprenta, lo que le valió a los hermanos la clausura por unos días.

La coyuntura conspiró para la permanencia de los olvidados emprendedores. Mientras esperaban una resolución del gobernador Lecor, que hubiera permitido la

continuidad rentable de su emprendimiento la asamblea de los orientales declaraba la independencia. Un poco más lejos, Simón Bolívar mandaba averiguar acerca del paradero de los hermanos, buscando que regresaran para apoyarlo con su reconocido trabajo de imprenteros.

Junto a las imprentas surgen las librerías, en la época española, y cuyo iniciador fue José Fernández Cutiellos. Los precarios informes demográficos de este período — que el libro introduce en diversos momentos para poner en contexto las condiciones de producción— muestran, por ejemplo, que en 1843 había 35000 habitantes en la Montevideo sitiada y solo existía la librería del valenciano Jaime Hernández, quien en palabras de Rocca resultó ser, y en pocos años, “el más notable agente cultural en toda la primera mitad del siglo XIX” (p.57).

Jaime Hernández, “casado y con profesión librero”, llegó a Montevideo en 1832. Junto a su trayectoria en el ámbito de la imprenta, dado también su oficio de tipógrafo, a principios de 1834 instaló su casa de comercio y librería, que tras sus comienzos modestos trepó a una posición de supremacía siendo ya en 1837 el punto de venta más importante de los impresos creados en el Uruguay. Rocca llega a conjeturar, incluso, que en esa época haya podido ser incluso la más importante del Río de la Plata tras el cierre obligado por Rosas de la librería de Marcos Sastre en Buenos Aires.

A pesar de las oscilaciones comerciales y coyunturales, la librería —que también ofrecía billetes de una rifa, chocolate, aceite de oso o, incluso, operaba de agencia de bienes raíces o de venta de esclavos— permaneció por tres décadas en el mercado, llegando a ser, además, la primera librería de viejo del país. El librero e impresor, un emigrante laborioso e integrado, también se volvió editor de algunos folletos y libros de buena calidad.

De gran importancia para el estudio de la época, de la oferta librera y del mercado lector, es el *Catálogo de los libros ecistentes (sic) en la librería de Jaime Hernández, Diciembre 4 de 1837*, de cincuenta y cinco páginas, que el mismo librero imprimió como estrategia publicitaria para dar a conocer las abundantes y diversas existencias —mas de medio millar de títulos— que ofrecía en su comercio.

A pesar del prestigio y del monopolio que ejercía de hecho, su situación económica era endeble. También participó como capitán de un insólito cuerpo militar, la Compañía de tipógrafos, que imprimía partes, decretos y órdenes. Su librería fue, también, lugar de encuentro de periodistas, políticos y soldados.

La originalidad y valor del libro de Rocca es múltiple, comenzando por la investigación histórica, donde aporta nexos, esboza explicaciones y sugiere hipótesis que explican el conjunto.

La obra atiende, asimismo, al fenómeno total del sistema de producción y a todos los integrantes de esta cadena: autores, editores, tipógrafos, linotipistas, correctores, prensistas, traductores, ilustradores, encuadernadores y librereros; subraya el papel de los periódicos, también endebles, a quienes les cupo la responsabilidad de la creación de lectores y el fomento de la lectura; e introduce la presencia oculta del propio lector que está surgiendo al amparo de la educación y la migración.

La mayor riqueza del volumen reside en la metodología creada por Rocca, al aunar distintas herramientas de análisis como la crítica literaria, la historia social y cultural, la economía y los estudios sobre la lectura. Eso le permite analizar, al unísono, el proceso de producción, los contenidos de los impresos y los lectores, ayudando a entender el panorama complejo de la creación y sus elementos conexos. Este punto de vista está expuesto en la Introducción, llamada “Método y propósitos”.

La investigación, aunque se ciña al período comprendido entre 1807 y 1851 en el territorio oriental del Uruguay, inevitablemente se sale de dichos límites trayendo a consideración elementos previos o posteriores o de otros lugares que favorecen una mejor intelección de los procesos, incluso con referencias a la actualidad.

En armonía con el contenido del libro —de prosa densa pero cordial y que incluye anexos y una generosa y actualizada bibliografía— merece apreciarse su propia factura: el papel escogido tanto para el interior como para la portada, su diseño, la tipografía recuperada, la profusa inclusión de ilustraciones a lo largo del volumen. Este conjunto hace que estemos ante una obra poco frecuente.